

Capítulo 1

LA MAÑANA MÁS FRÍA

El 18 de enero de 1988 fue un gélido lunes de Iowa. La noche anterior, la temperatura había llegado a veintiséis grados bajo cero, y eso sin tener en cuenta nuestro viento, que traspasa abrigos y cala los huesos. Era una helada matadora, de las que hacen que respirar resulte casi doloroso. El problema de las llanuras, como todo Iowa sabe muy bien, es que no hay nada que pueda detener la climatología. Viene de Canadá, cruza los dos Estados de Dakota y llega directamente a la ciudad. El primer puente de Spencer sobre el Little Sioux, construido a finales del siglo XIX, tuvo que ser desmontado porque el río se llenó de hielo de tal modo que todo el mundo empezó a temer que los pilares se derrumbaran. Cuando el depósito de agua se incendió en 1893 —el fuego prendió en los fardos de paja que se utilizaban para que no se helara la tubería ascendente y todas las bocas de incendio cercanas estaban congeladas—, un bloque de hielo en forma de círculo de sesenta centímetros de grosor y tres metros de diámetro acabó deslizándose desde la parte superior del tanque, aplastó el centro recreativo de la comunidad y reventó el suelo de Grand Avenue. Así son los inviernos en Spencer.

Nunca he sido una persona de mañanas, sobre todo ante un día oscuro y frío de enero, pero siempre he sido disciplinada. A las siete y media de la mañana, cuando realicé el recorrido de diez manzanas hasta mi trabajo, había muy pocos coches en la calle y, como es habitual, el mío fue el primer vehículo que estacionó en el aparcamiento. Al otro lado de la calle, la Biblioteca Pública de Spencer estaba muerta: ni una luz, ni un movimiento, ni un sonido, hasta que encendí un interruptor y todo cobró vida. La calefacción se conectaba automáticamente durante la noche, pero a primera hora de la mañana la biblioteca seguía siendo un congelador. ¿A quién se le habría ocurrido construir un edificio de hormigón y cristal en el norte de Iowa? Necesitaba mi café.

Fui directamente a la sala de empleados de la biblioteca —una pequeña cocina con un microondas y un fregadero, una nevera demasiado desordenada para el gusto de la mayoría, unas cuantas sillas y un teléfono para las llamadas personales—, colgué el abrigo y puse en funcionamiento la cafetera. Miré por encima el periódico del sábado. La mayoría de los temas locales podían afectar a, o verse afectados por, la biblioteca. El periódico local, *The Spencer Daily Reporter*, no salía ni los domingos ni los lunes, de modo que el lunes era la mañana para ponerse al día después del fin de semana.

—Buenos días, Vicki —saludó Jean Hollis Clark, la subdirectora de la biblioteca, despojándose de la bufanda y las manoplas—. Qué asco de tiempo.

—Buenos días, Jean —dije, dejando el periódico a un lado.

En el centro de la sala de empleados, pegada a la pared del fondo, había una caja de metal grande con una tapa unida a ella mediante bisagras. La caja tenía algo más de medio metro de altura y un metro veinte de lado, aproxima-

damente el tamaño que tendría una mesa de cocina para dos personas después de haberle cortado las patas por la mitad. De la parte superior salía un tobogán metálico que desaparecía en el interior de la pared. En el otro extremo, que daba al callejón de la parte posterior del edificio, había una ranura de metal: el dispositivo para la devolución de libros cuando la biblioteca estaba cerrada.

En el buzón de la biblioteca se podían encontrar todo tipo de cosas: basura, piedras, bolas de nieve, latas de refresco. Los bibliotecarios no comentan el tema, porque no sirve más que para dar ideas a la gente, pero es algo que sucede en todas las bibliotecas. Seguramente los videoclubs sufren el mismo problema. Una ranura en una pared es una especie de reclamo de problemas, sobre todo si, como sucedía en la Biblioteca Pública de Spencer, la ranura se abre en un callejón situado justo enfrente de la escuela de enseñanza secundaria de la ciudad. En varias ocasiones nos habíamos llevado un buen susto a media tarde al oír una fuerte explosión en el buzón. En el interior, encontrábamos un petardo.

Después del fin de semana, el buzón solía estar lleno de libros, de modo que cada lunes me encargaba de cargarlos en uno de nuestros carritos para que los administrativos pudieran registrarlos y devolverlos el mismo día a sus estanterías. Cuando aquel lunes volví a entrar en la sala de empleados con el carrito, me encontré a Jean de pie, en silencio, en medio de la habitación.

—He oído un ruido.

—¿Qué tipo de ruido?

—En el buzón. Me parece que es un animal.

—¿Un qué?

—Un animal. Me parece que hay un animal en el buzón.

Y fue entonces cuando lo oí, un ruido sordo debajo de la tapa metálica. No parecía el sonido de un animal. Parecía más bien un anciano tratando de toser para aclararse la garganta. Pero supuse que no era un anciano. La abertura en la parte superior del tobogán tenía una anchura de pocos centímetros, de modo que tenía que tratarse de algo pequeño. Era un animal, no me cabía la menor duda, pero ¿de qué tipo? Me arrodillé y levanté la tapa, esperando encontrarme una ardilla listada.

Lo primero que sentí fue una oleada de aire helado. Alguien había tratado de embutir un libro por la ranura de devolución y se había quedado medio abierta. El interior del buzón estaba tan frío como el exterior, más frío quizá, teniendo en cuenta que la caja era de metal. Allí podía conservarse perfectamente un paquete de carne congelada. Estaba aún recuperando el aliento cuando vi al gatito.

Estaba acurrucado en el rincón izquierdo de la caja, la cabeza gacha, las patas dobladas debajo del cuerpo, intentando parecer lo más pequeño posible. Los libros estaban apilados sin orden ni concierto, escondiéndolo parcialmente de mi vista. Levanté uno de ellos con cautela para verlo mejor. El gatito levantó la vista y me miró, lenta y lánguidamente. Entonces bajó la cabeza y se hundió de nuevo en su agujero. No intentaba hacerse el duro. Ni tampoco esconderse. Ni siquiera creo que estuviera asustado. Simplemente esperaba ser salvado.

Sé que lo de enternecerse puede parecer un cliché, pero me parece que es lo que realmente me sucedió en aquel momento: sentí que todos y cada uno de los huesos de mi cuerpo desaparecían. No soy sensiblera. Soy una madre divorciada y una chica de granja que ha salido adelante en momentos difíciles, pero aquello fue tan, tan... inesperado.

Saqué al gatito de la caja. Mis manos casi lo engullen. Más tarde averiguamos que tenía ocho semanas, aunque parecía no tener siquiera ocho días, si llegaba. Estaba tan flaco que se le veían todas las costillas. Sentí su corazón latiendo, sus pulmones bombeando. El pobre gatito estaba tan débil que apenas podía mantener la cabeza erguida y temblaba descontroladamente. Abrió la boca, pero el sonido, que sólo apareció dos segundos después, era débil y roto.

Y estaba frío. Eso es lo que más recuerdo, pues me costaba creer que un ser vivo pudiera llegar a estar tan frío. Era como si en su cuerpo no tuviera ni una pizca de calor. De modo que acuné al gatito entre mis brazos para transmitirle mi calor. No opuso resistencia. Todo lo contrario, se acurrucó contra mi pecho y apoyó la cabecita en mi corazón.

—Por Dios bendito —exclamó Jean.

—Pobre criatura —dije yo, apretándolo con más fuerza.

—Es adorable.

Las dos estuvimos un buen rato sin decir nada, simplemente mirando al animalito.

—¿Cómo crees que ha llegado hasta aquí? —preguntó Jean, finalmente.

No creía que hubiera sido durante la noche. Me imaginé que habría sido en aquel momento. Era demasiado temprano para llamar al veterinario, no estaría en la consulta hasta una hora más tarde. El gatito estaba helado. Incluso entre el calor de mis brazos seguía temblando.

—Tenemos que hacer algo —expuse.

Jean cogió una toalla y envolvimos al pequeñín hasta que sólo le asomaron la nariz y sus enormes ojos observándonos con incredulidad desde las sombras.

—Démosle un baño caliente —propuse—. A lo mejor así detenemos el tembleque.

Llené de agua caliente el fregadero de la sala de empleados y comprobé la temperatura con el codo, sin soltar al gatito en ningún momento. Se deslizó en el fregadero como si fuese un cubito. Jean encontró un poco de champú en el armario de las manualidades y froté al animalito despacio y con cariño, casi acariciándolo. Y a medida que el agua iba tornándose más gris, el feroz temblor del gatito fue transformándose en un suave ronroneo. Sonreí. Era un gato resistente. Pero también muy jovencito. Cuando por fin lo saqué del fregadero, parecía un recién nacido: todo ojos y orejas destacando en una cabeza diminuta y un cuerpo aún más pequeño. Mojado, indefenso y maullando suavemente reclamando a su madre.

Lo secamos con el secador que utilizábamos para secar el pegamento en la clase de manualidades que se impartía en la biblioteca. En cuestión de treinta segundos, tuve en mis brazos un precioso gato atigrado de pelo largo anaranjado. Estaba tan sucio, que había pensado que era gris.

Doris y Kim ya habían llegado y ahora éramos cuatro en la sala de empleados, babeando todas por el gatito como si fuera un bebé. Ocho manos acariciándolo, prácticamente a la vez. Las otras tres empleadas hablaban entre ellas mientras yo permanecía en silencio, acunando al gato como un bebé y balanceándolo de un lado a otro.

—¿De dónde ha salido?

—Del buzón.

—¡No!

—¿Es *niño* o *niña*?

Eché un vistazo. Me miraban todas.

—Niño —confirmé.

—Es precioso.

—¿Cuánto tiempo tendrá?

—¿Cómo se habrá metido en la caja?

Yo ni las oía. Sólo tenía ojos para el gatito.

—Hace mucho frío.

—Un frío tremendo.

—La mañana más fría del año.

Una pausa.

—Alguien debe haberlo metido en el buzón.

—Eso es terrible.

—A lo mejor intentaban salvarlo. Del frío.

—No sé... Es tan indefenso.

—Es tan pequeñito.

—Es tan bonito. Oh, me parte el corazón.

Lo deposité sobre la mesa. El pobre gatito apenas podía tenerse en pie. Las almohadillas de sus cuatro patas estaban congeladas y en el transcurso de la siguiente semana se volverían blancas y pelarían. Pero aun así, el gato consiguió hacer algo realmente sorprendente. Se estabilizó sobre la mesa y, poco a poco, fue mirándonos las caras. Entonces empezó a caminar con una leve cojera. Y cuando cada una de nosotras fue alargando la mano para acariciarlo, fue restregando la cabeza contra cada mano, sin dejar de ronronear. Atrás quedaban los horribles sucesos de su joven vida. Atrás quedaba la cruel persona que lo había arrojado en el buzón de la biblioteca. Era como si, a partir de ese momento, quisiera dar personalmente las gracias a todo aquel que conocía por haberle salvado la vida.

Habían pasado ya veinte minutos desde que había sacado al gatito del buzón y había tenido tiempo suficiente como para pensar en unas cuantas cosas: en la práctica, antaño habitual, de tener gatos de biblioteca, en el plan que tenía en marcha para convertir la biblioteca en un lugar más acogedor y atractivo, en toda la logística de recipientes, comida y arena para gatos, en la expresión confiada de la cara del gatito cuando se acurrucó en mi pecho y me miró a

los ojos. De modo que cuando por fin alguien preguntó: «¿Y qué haremos con él?», mi respuesta estaba más que preparada.

—Bien —dije, como si se me acabase de ocurrir la idea—, a lo mejor podemos quedárnoslo.